

La enseñanza centrada en el alumno

Por Ambrosio J. PULPILLO RUIZ *

El psicoterapeuta americano Carl R. Rogers ha tenido la habilidad de lanzar al amplio campo de las Ciencias del Comportamiento humano una serie de términos y expresiones que han hecho fortuna, hasta el punto de que ningún psicólogo, pedagogo y sociólogo que se precie de estar al día debe desconocer el verdadero sentido y alcance de la terminología rogeriana.

Y una de estas expresiones, quizá de la que hay que partir para explicarse muchos aspectos de la llamada orientación no-directiva es la de «client-centered», fórmula a la que acude Rogers, según su discípula y colaboradora G. Marian Kinget, cuando quiere despojar a su doctrina del carácter negativo con el que él mismo la calificó en un principio, porque, además, una no-directividad estricta no existe, y de existir hace inútil toda ayuda.

Mas, como quiera que para Rogers educación, enseñanza y aprendizaje se confunden en un mismo intento, el desarrollo o «growth», cuando queremos transferir su pensamiento al campo pedagógico nos parece apropiado traducir la expresión *Client-Centered Therapy* por la de *Enseñanza centrada en el alumno*.

Ahora bien, alguien pudiera pensar que esta frase equivale en el sentido al término «paidocentrismo», que se atribuye o asigna a la mayoría de los pedagogos que desde Rousseau hasta nuestros días han seguido el movimiento de las «escuelas nuevas» o de la «escuela activa». Pero no es así; primero porque el paidocentrismo es anterior a la enseñanza centrada en el alumno y, además, porque, con ambas expresiones, con alguna relación semántica, no se quiere decir

lo mismo. El paidocentrismo hay que asociarlo más bien al «psicologismo pedagógico», mientras que la enseñanza centrada en el alumno se identifica mejor con una actitud por parte del profesor según la cual éste rehúye a intervenir en la enseñanza a no ser que el alumno se lo demande. Se añade también que no es un «laissez-faire», porque si la no-directividad se entiende como la ausencia total de dirección, entonces la enseñanza como relación de ayuda, repetimos, no existe o resulta paradójica. Sólo lograremos entenderlo partiendo del nacimiento de tal concepción.

Orígenes de la no-directividad

Carl R. Rogers, como otros muchos superdotados, es un autodidacta; hasta el punto que no recuerda cómo aprendió a leer y a escribir. Era el cuarto entre seis hermanos y debió lograrlo viendo o ayudándose de los dos mayores, lo cierto es que, según él nos cuenta, cuando ingresó en la Escuela Primaria no tuvo que pasar por el curso preparatorio, sino que directamente lo colocaron en el elemental. Pero, hay más, su afición por la lectura y las experiencias en su granja le hacen decir: «La construcción de un modelo experimental, el control de las variables, el análisis estadístico de los resultados y otros conceptos más, los aprendí leyendo, sin darme apenas cuenta» (1). Luego, en el Liceo se encuentra con un Profesor, G. Humprey, que les permitía a los alumnos una especie de aprendizaje libre y les dejaba organizar las actividades que más les gustasen. Después, cuando ya mayor ingresa en el Seminario de la Unión Teológica en Columbia, éste pasa por un periodo de crisis en el que los estudiantes pueden componer el programa de

* Inspector de Educación Básica del Estado. Doctor en Ciencias de la Educación.

sus estudios según sus propias preferencias y otras licencias por el estilo.

Todo esto lo lleva a una conclusión temprana que va a determinar para siempre su criterio: *La enseñanza dirigida no es necesaria, cada cual, por medio de su autonomía y experiencia, puede llegar a estar bien informado de todo lo que desconoce.* Así pues, nada tiene de particular que propugne un aprendizaje no-dirigido, confiando en la orientación positiva que todo individuo normal lleva en sí como parte de su dotación orgánica, organísmica, como dice, porque para él el organismo, en su sentido holístico, lo engloba todo.

Por lo mismo, Rogers tiene para la enseñanza las afirmaciones más negativas. Veamos algunas de ellas:

- Mi experiencia me ha inducido a pensar que yo no puedo enseñar a nadie a enseñar.
- Me parece que todo lo que puede ser enseñado a otro es relativamente inútil y ejerce poquísimas influencias en su comportamiento.
- Por otra parte, he llegado a la creencia de que solamente influyen en el comportamiento los conocimientos que el individuo descubre y se apropia por sí mismo.
- Y estos conocimientos descubiertos por el individuo, estas verdades personalmente apropiadas y asimiladas en el curso de la experiencia, no pueden ser directamente comunicadas a otros (2).

En otra ocasión, y a su paso por París, llega a afirmar, con la rotundidad que le caracteriza, que «es la enseñanza la que mata al aprendizaje» (3). Entonces, surge la pregunta:

¿En qué puede consistir la enseñanza centrada en el alumno?

Es más fácil describirla que definirla. Así pues, dejemos que nos la describa uno de sus discípulos. Se trata del psicólogo francés Max Pagés:

«Eramos catorce y nos reunimos todos en una pequeña aula después de haber sido recibidos por Rogers. El profesor se sentó en el centro y nos invitó a presentarnos. Después Rogers tomó la palabra muy brevemente para indicar un cierto número de medios que estaban a nuestra disposición, si así lo deseábamos, para ayudarnos en nuestro trabajo... Luego el profesor se calló, no sin antes añadir que por su parte no tenía nada

más que decir. Yo no he olvidado todavía el sentimiento de intensa emoción que me dominó durante esta sesión. El hecho de comprobar que una actitud, exactamente igual a como se describe en las obras de Rogers, podía ser vivida y aplicada me entusiasmó y me puso nervioso... De otras sesiones, una docena en total, yo guardo la impresión general siguiente: gran confusión ante los continuos cambios de acción, numerosas tensiones y rivalidades internas siempre subyaciendo. Rogers no intervenía en las discusiones ni más ni menos frecuentemente que otro cualquiera de nosotros. Y todo concebido sobre el mismo plan, el contribuir a la expresión libre sin contar con un camino riguroso que seguir... El efecto de este curso sobre mi aprovechamiento no puede ciertamente considerarse a efectos de contenidos; no pasó de la psicoterapia de base o de la de un grupo en formación» (4).

Esta es la impresión más generalizada de todos los que reciben la enseñanza centrada en el alumno: al principio decepcionante, poco significativos los progresos, si bien al final terminan confesando que se han enriquecido en experiencia y en personalidad. Pero, bebamos de la propia fuente de Rogers, que no llega a elaborar una teoría completa de lo que podía ser dicha enseñanza, sino que se limita a facilitarnos una serie de sugerencias para cambiar el modelo tradicional, y que unas veces se refieren al profesor y otras a las propias instituciones docentes. Entre ellas se cuentan:

- Ante todo, y lo mismo que en psicoterapia, hay que empezar por crear una atmósfera o clima permisivo donde el alumno se sienta libre de toda amenaza o imposición y en el que sea factible la *libertad experiencial*.
- Un clima permisivo y comprensivo, que respete la personalidad e individualidad intencional de cada estudiante sólo puede desarrollarse en la medida en que el instructor sostenga una ideología coherente con estos presupuestos.
- Es de desear una disposición circular de los asientos u otra situación física que otorgue al instructor el mismo tipo de lugar que a cualquier miembro de la clase.
- Luego vendrá a dar primacía a los propósitos de los alumnos, el iniciarse las sesiones de trabajo con la exposición de los problemas con que se enfrenta cada cual, el desarrollo del proceso, las limitaciones, la flexibilidad

en todo y para todo, las preguntas, las informaciones y búsqueda de datos, la facilitación del material; en definitiva, la enseñanza no-directiva en marcha. Al principio, como el mismo Rogers reconoce, las situaciones dificultosas e inhibitorias abundan; después, a medida que el curso avanza, van aminorándose los problemas, hasta que al final el alumno se da cuenta de su responsabilidad y la acepta, tanto en los éxitos como en los fracasos (5).

ASPECTOS POSITIVOS

Hasta aquí lo que pudiéramos considerar una explicación somera de lo que hemos denominado *enseñanza centrada en el alumno* según el pensamiento rogeriano, que tiene, sin duda, muchas cosas aprovechables, como por ejemplo:

- Más que favorecer la enseñanza hay que facilitar el aprendizaje, lo que exige la adaptación de los contenidos a los intereses y necesidades del alumno; a una motivación artificiosa hay que oponer otra de carácter intrínseco.
- Los alumnos no están sólo para recibir, sino que, como sujetos activos de la enseñanza, tienen que investigar, trabajar y tomar decisiones conjuntamente con el profesor.
- Porque la enseñanza no es una mera transmisión o trasplante de comportamientos e ideas, sino algo que nace en cada individuo cuya semilla está en él, y se desarrolla y crece únicamente si se favorecen las condiciones para su germinación, crecimiento y fruto. El caldo de cultivo y el campo de experimentación es la clase con su clima y entorno.

ASPECTOS NEGATIVOS

- No admitir que puede existir intercambio de saberes y experiencias entre dos personas de diferente nivel (profesor y alumno) es tanto como contradecir el común sentir y, sobre todo, considerar inútil una ciencia como la Didáctica, que ha llegado a un alto grado de desarrollo teórico y tecnológico.
- Si el profesor se abstiene de informar al

alumno, de ampliar su campo experiencial, porque éste no se lo demande, resultará una insuficiencia de saber o una deficiencia del aprendizaje, y, cuando menos, hacerlo más difícil y hasta inalcanzable en muchos casos.

- Enseñar es siempre no solamente indicar o desvelar, sino dar algo al alumno, y Rogers no quiere dar nada a éste, y si simplemente ayudarlo para que él lo saque de sus propias potencialidades.
- El individuo abandonado a su libertad podrá adaptarse por desarrollo propio a su medio físico o natural, pero no al cultural y social que es muy diferente de aquél. Necesita de orientación y dirección para esto segundo, máxime cuando los conocimientos hoy día han adquirido tal profundidad y extensión que puede decirse que van desde lo infinitamente pequeño (el mundo de los microorganismos) hasta lo infinitamente grande (el mundo interplanetario).

En definitiva, que sin enseñanza habrá o puede haber algún tipo de aprendizaje, el que se adquiere por imitación u observación directa, pero, siempre será éste desorganizado, incoherente y asistemático, si no hay desde un principio una línea marcada o vía y no se dirige al alumno por ella para mejor llegar a la meta.

La educación, la instrucción y la enseñanza, que tienen como correlatos el perfeccionamiento, el desarrollo intelectual y el aprendizaje, son hoy más que nunca una necesidad para el hombre, y no pueden quedar, por su complejidad y dificultades propias, a la mera voluntad libre del educando, cuando más en una etapa como es la infancia, refiriéndonos principalmente al nivel básico, en que el sentido de la responsabilidad y la clara consciencia de lo que nos es necesario o preciso no se encuentran lo suficientemente desarrolladas. Aunque se trate del aprendizaje auténtico y significativo a la manera de cómo lo entiende Carl R. Rogers. Pero, este es otro punto a considerar de su pensamiento pedagógico, y que, por su importancia, nos referiremos a él en otra ocasión.

(1) *Autobiographie*. Edic. EPI. París, 1971. Pág. 14.
 (2) *On Becoming a Person*. Edit. Constable and Company. London, 1967. Pág. 276.
 (3) *L'Education Nationale*. N.º 22 de juin, 1962.
 (4) *L'orientation no-directiva en Psychotérapie et en Psychologie Sociale*. Edit. Dunod. París, 1965. Págs. 107-108.
 (5) *Client-Centered Therapy*. (Traduc. de S. Tubert.) Editorial Paidós. B. Aires. Págs. 336-339. El título en español es «Psicoterapia centrada en el cliente».